

El embajador austriaco estaba, pues, en disposición de pronunciar cuando le pareciese necesario la palabra decisiva. A pesar de esto duraron las negociaciones muchas semanas, procurando Lisola obtener la paz bajo condiciones mas baratas; pero el elector se mostró inexorable tocante al punto principal, y cuando los contrarios del partido austro-polaco empezaron á ganar terreno, dió Lisola el golpe decisivo, primero, por supuesto, con muchas reservas, pero luego, viendo que eran inútiles, con la concesion clara y terminante. Con esto quedó vencedor el partido austro-polaco, siendo fácil el arreglo tocante á las demás condiciones; y á mediados de agosto estuvo redactado el texto del tratado. Sin embargo, á última hora recibió Lisola del rey de Polonia una nueva instrucción que casi anulaba la soberanía por medio de una multitud de cláusulas que la limitaban; y viendo que si comunicaba este cambio repentino exasperaría al brandeburgués y acaso le arrojaría á última hora en brazos de los contrarios, tuvo Lisola el arrojo de suprimir esta instrucción, y no habiéndose firmado todavía el tratado de paz y alianza escribió al rey que su orden había llegado demasiado tarde, que todo estaba ya arreglado conforme á la instrucción anterior y que ya no era posible modificación alguna. Así llegó á firmarse en 19 de setiembre de 1657 el tratado de Wehlau (1).

Por este tratado renunció el elector á todas las conquistas hechas ó intentadas en Polonia; restituyó el obispado de Warmia; desistió de toda pretension sobre los cuatro vaivodazgos en la Gran Polonia y evacuó todas las plazas fuertes que ocupaba de esta comarca. En cambio quedó reconocido como soberano absoluto del ducado de Prusia, y solo en caso de extinguirse la descendencia masculina del elector, se reservó la corona de Polonia hacer valer de nuevo sus derechos de soberanía. Además quedó estipulado que entre el duque soberano de Prusia y la Polonia habría en adelante una alianza de amistad eterna, y ambas potencias se obligaron á auxiliarse en cada guerra venidera con un número de tropas determinado. Además para la guerra entonces existente se obligó el Brandeburgo á ponerse de parte de la Polonia con una fuerza por lo menos de seis mil hombres, comprometiéndose ambas potencias á auxiliarse mutuamente si dentro de los inmediatos diez años, acabada la guerra, fuese atacada cualquiera de ellas por la Suecia. Para indemnizar al elector del peligro á que le exponía el tratado y por el servicio que prestaría de esta manera á la corona de Polonia, ésta le concedía los distritos ó cantones de Lauenburg y Bütow, que en 1637 habían vuelto á caer en poder de la Polonia como feudos disponibles por la extincion de la antigua casa ducal de Pomerania. También se obligó la Polonia á indemnizar al elector de los gastos de guerra con 120,000 talers, pagaderos en tres anualidades, dejando en su poder hasta su completo pago por via de garantía el gobierno ó starostia de Draheim (2). Finalmente, se cedió al elector como indemnización por el obispado de Warmia la ciudad de Elbing, entonces todavía en poder de los suecos, sacrificio que costó bastante á los polacos, principalmente por la oposicion de la ciudad de Dantzig, por lo cual se estipuló en un documento separado que el rey de Polonia se reservaba el derecho de

(1) Este tratado de Wehlau fué completado en algunos puntos y repetido en los demás por el tratado de Bromberg del 6 de noviembre de 1657, que sirvió de ratificación al anterior. En lo que sigue damos el contenido principal de los dos documentos. Para los detalles véase Morner, pág. 220.

(2) Esta starostia se componía del palacio de Draheim, de la ciudad de Tempelburgo y de veinte aldeas, cuya toma de posesion no se efectuó hasta el año 1668 por dificultades eclesiásticas que pueden verse en Lehmann: *La Prusia y la Iglesia católica*, tomo I, pág. 110.

recuperar á Elbing en cambio de la suma de 400,000 talers (3).

Luego que fué firmado el tratado de Wehlau los dos príncipes tuvieron una entrevista en Bromberg, donde el rey Juan Casimiro tenía entonces su corte. En 30 de octubre llegó allí el elector con su esposa y permanecieron allí una semana, durante la cual se celebraron fiestas y se evacuaron negocios, habiendo cuestiones cuya solucion causó todavía muy notables dificultades, especialmente la de las cesiones á que el elector quedaba obligado. Hasta el último instante se esforzaron los diplomáticos franceses en impedir el arreglo definitivo; mas todos sus esfuerzos fueron vanos, pues justamente su insolente insistencia para impedir todo arreglo, á fin de servir las miras de Francia en la cuestion de la eleccion del emperador, excitó el mayor disgusto en el ánimo del elector, conforme lo dió á entender en términos enérgicos á aquellos diplomáticos (4).

Hubo una aproximacion amistosa entre las dos cortes tan íntima como lo permitian las circunstancias difíciles. La reina de Polonia Luisa María se hizo personalmente amiga de los príncipes brandeburgueses; y esta reina, de la familia de Gonzaga, que dominaba completamente á su esposo, fué entonces la que dirigía la política polaca (5). Tenía esta mujer el instinto político de las mujeres de la casa de Guisa, de la cual descendía por su madre; y todos, amigos y enemigos, convienen en que se le debió principalmente el mejoramiento de Polonia, despues de los golpes terribles de los últimos años. Ella, que sabia de cuánto le era deudora la nacion polaca, tuvo gran parte en el buen éxito de la reconciliacion con el Brandeburgo, y en la corte de Bromberg fué ella principalmente la que supo hacer desaparecer cuantos obstáculos se opusieron á la inteligencia. El elector Federico Guillermo hizo plena justicia á su carácter inteligente y enérgico, diciendo con sonrisa que si ella quisiera pretender la corona imperial podía contar seguramente con el voto del Brandeburgo. No fué, pues, extraño que la entrevista de Bromberg diera origen á una correspondencia política que continuó durante muchos años y que constituye una de las fuentes mas interesantes de la historia de la época inmediata (6).

Al cabo de una semana muy agitada fué firmado el tratado de Bromberg el 6 de noviembre, con toda solemnidad, por ambos soberanos y los senadores polacos presentes. Tres años habían pasado desde la presentacion en el horizonte político de la nueva crisis del Norte, y ninguna de las potencias envueltas en este torbellino había sacado de ella ningun beneficio notable y sólido, excepto el Brandeburgo, cuyo elector, si no había logrado todo lo que esperaba, había obtenido una ventaja de un valor positivo, indudable. La Polonia apenas había salvado su existencia, y con gran trabajo se había librado del peligro de ser repartida entre las potencias vecinas. Ni la Suecia ni la Rusia podían considerar los territorios conquistados como posesion perfectamente asegu-

(3) Estas condiciones del tratado de paz no fueron realizadas; la ciudad de Elbing ni fué entregada al elector cuando la hubieron evacuado los suecos, ni recibió el elector la suma estipulada. Solo cuarenta años mastarde en 1648 tomó posesion de la ciudad el elector Federico III, en secreta inteligencia con el rey Augusto de Polonia en posesion de la ciudad, autorizándole el citado rey á efectuar la toma de posesion, ya por sorpresa, ya del mejor modo posible. Morner, págs. 638, 646 y 809.

(4) Lisola, su carta de Bromberg del día 9 de noviembre, página 329.

(5) Rudawski: *Historia de Polonia*, pág. 398.

(6) Pedro Desnoyers, secretario de la reina de Polonia, *Lettres*, página 355. Esta correspondencia antes ignorada abarca los años de 1657 hasta 1661 y se encuentra en *Documentos y actas*, tomo VIII, pág. 271 y siguientes.

rada; el czar continuaba sin puerto en el Báltico; el rey de Suecia, que había llenado el mundo con su fama, estaba todavía muy distante de ser dueño exclusivo del Báltico; el príncipe de Transilvania había desaparecido de la escena sin gloria; la Dinamarca sufrió de nuevo su antigua desgracia contra las armas victoriosas de los suecos, y el Austria, vacilante é indecisa, comprometida por la incertidumbre de la eleccion imperial, se hallaba á la expectativa de los sucesos.

El elector de Brandeburgo salió de la lucha soberano completamente legítimo y absoluto del ducado de Prusia por consentimiento solemne de la corona polaca. Figuraba en adelante entre los soberanos independientes, y como tal ocupó entre los príncipes electores de Alemania una posicion tanto mas distinguida, cuanto que su ducado independiente no formaba parte del imperio alemán.

Por un momento se pensó incorporar el ducado de Prusia al imperio, y no se ejecutó este pensamiento; por lo menos aquel vasto territorio, colonizado por alemanes, quedó completamente libre de los lazos que lo unian á la Polonia y á la sociedad eslava. El imperio alemán desde su decadencia perdió territorios, pero por lo menos quedó salvado para la raza alemana el ducado de Prusia.

CAPITULO III

LA ELECCION DEL EMPERADOR Y LA LIGA DEL RHIN

Los tratados de paz de Wehlau y de Bromberg no significaron el fin de la crisis del Norte, sino el comienzo de nuevas luchas. La guerra entre Suecia y Dinamarca atrajo á su círculo nuevos intereses del centro y Oeste de Europa y amenazaba con transformarse en una guerra europea. Por lo pronto sintió directamente sus efectos el imperio alemán, cuyas fronteras no habían sido respetadas siempre hasta entonces, porque mientras se discutía en Wehlau la paz, el general polaco Czarnecki, ignorando quizás las negociaciones, había invadido la Neumark, asolando el país hasta muy adentro; pero como todas estas violaciones de territorio solo perjudicaban al elector de Brandeburgo y á los territorios alemanes pertenecientes á la corona de Suecia, el imperio alemán las había mirado con indiferencia, conservando su neutralidad y su actitud expectante. Esta situación cambió, y los potentados miembros del imperio, á lo menos los del Norte de Alemania, se vieron en inminente peligro cuando en el verano de 1657 el rey Federico de Dinamarca invadió los ducados de Bremen y Verden, y cuando algunas semanas despues el rey Carlos Gustavo se presentó en aquel país y rechazó con su ejército á los dinamarqueses reconquistando aquellos territorios, exceptuando á Bremervorde. Esta era ya una guerra dentro de Alemania; los potentados vecinos, sobre todo los del círculo de la Sajonia baja, estaban en inminente peligro de verse envueltos en la guerra; y hallándose el Austria á punto de tomar parte en favor de Polonia, se hizo mas precaria la neutralidad del imperio.

Parció que todas las potencias, tanto las mas inmediatas como las mas distantes, habían de verse comprometidas de una manera ú otra en las cuestiones de los beligerantes del Norte. El rey Carlos Gustavo especialmente trabajó sin descanso, aunque con muy poco éxito, por captarse amistades; entabló con la Francia negociaciones de subsidios, y aunque Mazarino no pensaba en sacrificar completamente á la Dinamarca á la ambicion del rey de Suecia, se mostró inclinado á dar á esta última potencia un considerable auxilio pecuniario, en vista de la probabilidad del deseado choque entre la Suecia y el Austria.

Mas que dinero hubiera deseado Carlos Gustavo el auxi-

lio enérgico de una fuerza marítima, pero ésta no era de esperar de los Países-Bajos, que eran amigos de la Holanda. Quedaba solamente la Inglaterra, y para hacérsela propicia tuvo entonces negociaciones con Cromwell, notabilísimas por la influencia que podrían haber ejercido en caso de resultar favorables para la Suecia en la situacion de Alemania (1).

Antes de estallar la guerra con Dinamarca, en febrero de 1657, se dirigió Carlos Gustavo á Cromwell solicitando un empréstito algo crecido, en garantía del cual pidió el protector el ducado de Bremen. Cromwell mantuvo esta exigencia en todas las negociaciones posteriores, y por cierto no con la intencion de negar el empréstito pidiendo una cosa imposible, sino porque convenia á la Inglaterra, y así lo entendió la diplomacia sueca, tener un pié en Alemania. Carlos Gustavo se negó tenazmente á la cesion del ducado de Bremen, cuya comarca consideraba indispensable como sitio de banderín de enganche; y cuando estalló la guerra con Dinamarca y se le hacían mas indispensables el empréstito inglés y la consiguiente alianza con Inglaterra, propuso al protector apoderarse de la Frisia oriental ó del condado de Oldenburgo. Despues le ofreció en cambio de un empréstito de 400,000 libras esterlinas á Buxtehude y el baluarte de Lehe, es decir, un puesto en el rio Elba y otro en el rio Vesper; pero Cromwell rechazó todos estos ofrecimientos como insuficientes, diciendo que solo podía conseguir de su parlamento que se interesara en una nueva empresa en el extranjero si ofrecía en cambio un beneficio que valiera la pena, como seria el ducado de Bremen, y aun se contentaría en un caso extremo con la cesion de Stade; pero de todos modos era preciso que su país ganara un punto militar fuerte en el continente, pues de otro modo no podía entrar en ninguna alianza ofensiva ni enviar tropas al nuevo teatro de la guerra.

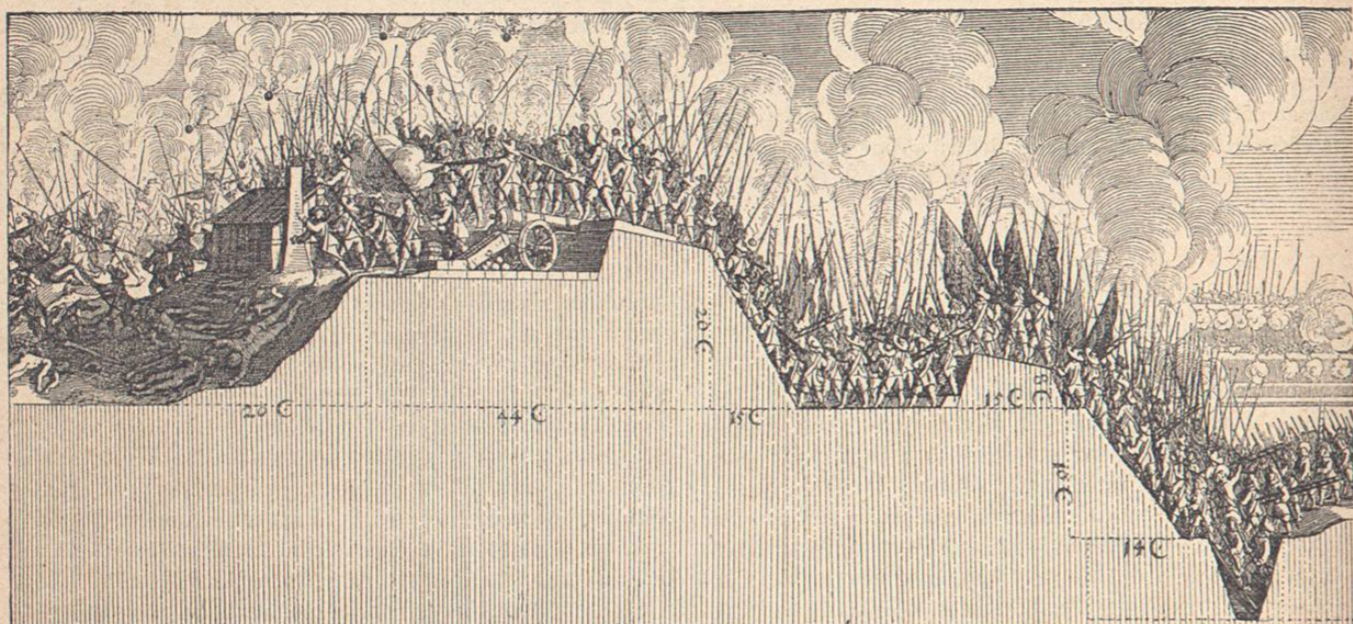
Carlos Gustavo no se cansó de hacer nuevas tentativas y proposiciones, y en agosto de 1657 envió á Lóndres á su consejero Friesendorf con mision secreta y con un verdadero catálogo de proposiciones para atraerse al protector. Primero volvió á señalar el Oldenburgo para que Inglaterra se apoderara de este condado, ofreciendo además ceder su derecho de sucesion al condado de Delmenhorst, al cual dijo se podía agregar la Frisia oriental, pudiendo el protector ocupar además militarmente el obispado de Munster y otras partes del círculo de Westfalia. Si Cromwell deseara además una posicion á propósito en el Báltico, le ofrecía el rey el baluarte de Weichselhaupt, cerca de Dantzig, y una parte de la Pomerelia (2). El rey de Suecia preferiría, decía la instrucción, que el protector en lugar de Oldenburgo y Delmenhorst quisiese participar de las conquistas que se hicieran á expensas de Dinamarca, en cuyo caso el embajador debía ofrecerle la Jutlandia septentrional exceptuando algunos cantones, pero con los puertos importantes cerca de Lister Diep, así como las islas vecinas de Sylt, List y Ronio, y la parte de Dishmarschen y Gluchstadt correspondiente al rey, en cuyo caso debía contentarse Inglaterra con este punto junto al Elba y renunciar á todo puerto junto al Vesper. Pero si Cromwell se empeñaba en tener un territorio junto á ambos rios, y si no hubiese otro medio de decidirle á auxiliar de una manera positiva á la Suecia, la instrucción autorizaba al embajador á conformarse en último caso con la cesion de territorios en ambos rios (3).

(1) Pufendorf: *Carlos Gustavo*, tomo IV, párrafo 79.

(2) Droysen dice en su *Historia de la política prusiana*, tomo III, pág. 250 (2.ª edicion): «El rey de Suecia había ofrecido al protector también la Silesia, pero este ofrecimiento no se encuentra en las instrucciones de Friesendorf, y será probablemente un error.»

(3) Pufendorf, tomo IV, párrafo 82, da un extracto bastante exacto, pero sin fecha, de la instrucción de Friesendorf. En el texto hemos utilizado una copia ó traduccion del original que se encuentra en el archi-

Entristece ahora la lectura de estas negociaciones al ver que se trataba al territorio alemán como cosa que no tenía dueño, y que el rey de Suecia ofrecía a la Inglaterra territorios marítimos y embocaduras de ríos alemanes por conveniencia suya, como si solo fuese bastante que dos potencias extranjeras se entendiesen para que la Inglaterra adquiriese territorios alemanes y les convirtiese en puntos de apoyo de sus intereses mercantiles. Si Carlos Gustavo hubiese ofrecido a tiempo al inglés el ducado de Bremen, no hay duda que este hubiera aceptado y Dios sabe las consecuencias que habría tenido el establecimiento del poder inglés en territorio alemán, además de los territorios alemanes que pertenecían ya a la Francia, a la Dinamarca, a la Suecia y a la Polonia (1).



Perfil de la fortificación de Fredericksodde, asaltada por los suecos en 24 de octubre (3 de noviembre) de 1657
(Este grabado se junta con el de la página siguiente)

la idea de aniquilar el poder de la casa de Habsburgo y de Roma, Carlos Gustavo pensaba ante todo en obtener el dominio exclusivo del Báltico; y por eso no hubo acuerdo posible. Las negociaciones continuaron, y el invierno dió a Cromwell el deseado pretexto para aplazar su decisión hasta la primavera próxima, y entonces habían tomado las cosas otro aspecto. No por esto dejó Cromwell de seguir atentamente la marcha de los sucesos en el Norte, pero su actitud no pasó de una mediación amistosa y puramente diplomática. Envió con este objeto una embajada a Dinamarca y otra a Rusia para inducir al czar a no continuar sus hostilidades contra la Suecia; pero con esto poca utilidad prestó al rey

vo de Berlín y consiste en una instrucción principal fechada en Wedell del Elba en 1.º de agosto, y una instrucción secundaria secreta fechada en 3 de agosto de 1657. Estas instrucciones cayeron en manos de los dinamarqueses, que se apresuraron a comunicarlas a la corte de Berlín, y el elector las comunicó durante las negociaciones de paz de Oliva a la corte imperial con fecha 23 de marzo de 1660; por manera que las negociaciones anglo-suecas llegaron a ser conocidas de muchas personas, despues que ya habían corrido voces sobre tales negociaciones en setiembre de 1656 en la comision imperial de Francfort. *Doc. y actas*, tomo VII, pág. 677.

(1) Mas adelante, cuando Carlos Gustavo se hallaba en marcha para la isla de Seeland, escribió a su embajador en Inglaterra: «Si llevo a estar en completa posesion de Dinamarca y Noruega, cederé al protector todo el ducado de Bremen y a la Inglaterra el libre paso por el Sund.» Carlson, tomo IV, pág. 266. Hecha la paz de Rothschild ya no se habló mas de estas cesiones.

La mision de Friesendorf no dió resultado por fortuna para Alemania. Cromwell se había aliado con la Francia para hacer la guerra contra España, y tropas inglesas combatían en los Países Bajos españoles; pues Cromwell estaba dominado por la idea de combatir a la casa de Habsburgo y a Roma, y de buena gana habría hecho todos los sacrificios posibles por inducir al rey protestante de Suecia a tomar parte en esta lucha, en la cual le habría correspondido hacer una guerra enérgica al Austria, debilitando así a la España y quitando a la casa de Habsburgo la corona imperial. Era esta una empresa muy del gusto de Carlos Gustavo; pero por lo pronto lo mas importante para él era arreglar la cuenta que tenía con Dinamarca. Si al inglés dominaba sobre todo

Carlos Gustavo, siempre belicoso y que prefería atraer a la lucha nuevos combatientes, aunque no lo consiguió ni entre las potencias próximas ni entre las lejanas. Las próximas eran los príncipes amigos alemanes, y en primer lugar los compañeros de la alianza de Hildesheim, en la cual figuraron en primera línea los duques de Brunswick, que respondieron a sus proposiciones con frio recelo (2). También envió una embajada a Constantinopla para excitar contra la Rusia y el Austria a su antiguo adversario el sultan, y hasta corrió en los círculos diplomáticos una memoria atribuida al embajador sueco, en la cual éste trataba de hacer comprender al sultan la utilidad de una alianza con la Suecia, que como país protestante era la aliada natural de la Turquía, contra la Rusia y el Austria que adoraban imágenes, la primera por ser su religion la cismática griega y la otra por ser la católica, mientras la Suecia protestante y la Turquía mahometana no adoraban imágenes de ninguna clase (3). No tuvo éxito la

(2) Kocher: *Historia de Hannover y de Brunswick*, tomo I, página 213.

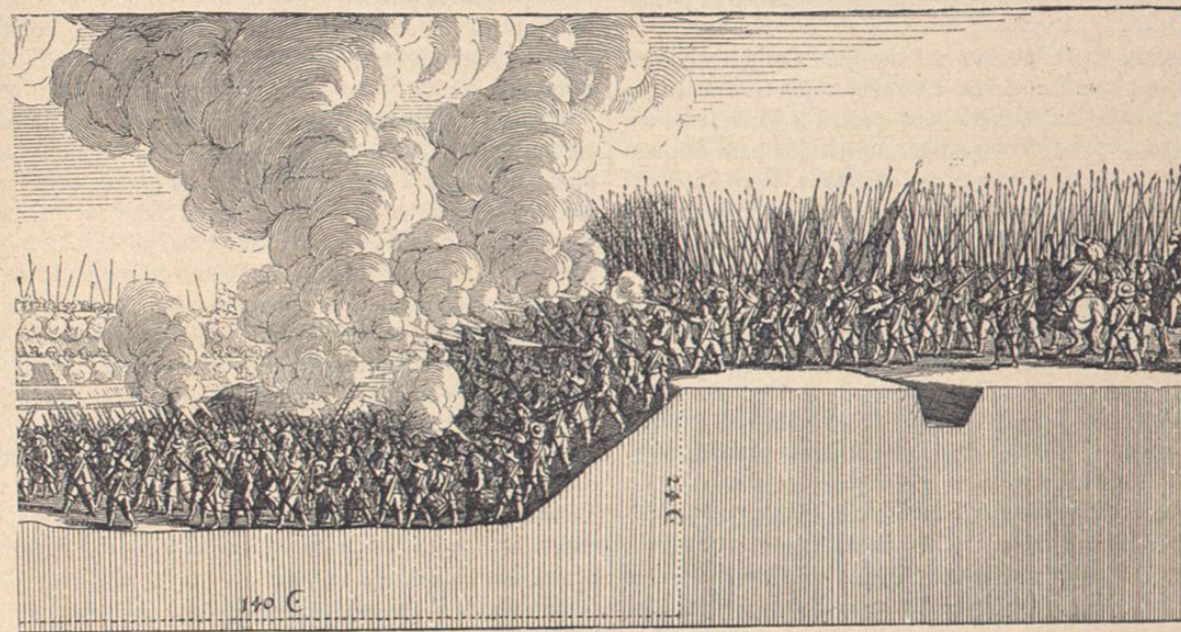
(3) Una copia de esta memoria se encuentra en el archivo real de Berlín. La memoria misma se halla en Theiner: *Monuments historiques de Russie*, pág. 30. Véase también *Documentos y actas*, tomo VIII, página 348. Parece dudosa la autenticidad de esta memoria porque en aquel tiempo abundaban las falsificaciones. Pufendorf, que habla detalladamente en *Carlos Gustavo*, tomo IV, párrafo 23, de las negociaciones habidas en Constantinopla, no utiliza este documento.

diplomacia sueca en Constantinopla, donde la embajada fué despedida sin prometerle nada.

Carlos Gustavo quedó reducido a sus propias fuerzas, a su ejército, excelente aunque reducidísimo, y a la superioridad de su talento militar.

La primera guerra contra Dinamarca no entra en el cuadro de nuestra historia. Fué, sí, uno de los episodios militares mas brillantes del siglo XVII, con el cual Carlos Gustavo oscureció todo cuanto había hecho hasta entonces en Polonia. A fines de Junio, estando en Polonia, recibió Carlos Gustavo la noticia de haber abierto los dinamarqueses la guerra contra él. Un mes despues estaba con sus fuerzas a orillas del Elba. Catorce dias le bastaron para arrojar a los dina-

marqueses del ducado de Bremen, para atravesar el Holstein é invadir el país del enemigo. Durante el mes de agosto ocupó militarmente los ducados de Holstein y Schleswig, y en los primeros dias de noviembre conquistó por medio de un asalto nocturno, brillantemente realizado, la fortaleza de Fredericksodde (hoy Fridericia), á orillas del pequeño Belt, recién construida y fuertemente guarnecida y pertrechada, con cuya ocupacion quedó dueño de toda la parte continental de Dinamarca hasta el extremo Norte de la Jutlandia. Durante el resto de esta guerra acompañó la fortuna al admirable talento guerrero del rey de Suecia, que no pudo continuar su indispensable ataque contra las islas dinamarquesas hasta que el invierno le facilitó el camino sobre el hie-



Perfil de la fortificación de Fredericksodde, asaltada por los suecos en 24 de octubre (3 de noviembre) de 1657
(Este grabado se junta con el de la página anterior)

lo. En 9 de Febrero de 1658 atravesó el rey sobre el hielo el pequeño Belt y atacó al ejército dinamarqués apostado en la costa de la isla de Funen, al cual derrotó é hizo en su mayor parte prisionero, y una vez ya dueño de la isla citada, concibió el atrevido plan de atravesar también sobre el hielo el gran Belt entre Nyborg y Korsor y apoderarse de la isla de Seeland. Sin embargo, renunció a tan peligroso proyecto y pasó a Seeland también sobre el hielo, haciendo el rodeo por la cadena de islas de Langeland, Laaland y Falster. El hielo resistió; el 22 de febrero se hallaban los suecos en la isla de Seeland y marcharon sin pérdida de tiempo sobre la capital Copenhague, donde la aparición súbita del enemigo consternó tanto a los dinamarqueses que se hizo una paz tan sorprendente como los mismos hechos guerreros del rey de Suecia. La situación de Carlos Gustavo no era menos comprometida que la del enemigo, ya que todo su ejército se componía entonces aproximadamente de solo 5,000 hombres. Esta paz fué firmada en 27 de febrero de 1658 y es conocida por la paz de Rothschild.

Por esta paz adquirió la Suecia las comarcas que Carlos Gustavo había reclamado desde un principio con fronteras naturales entre los dos reinos escandinavos, á saber: Schönnen, Blekingen y Halland, y además en la frontera de Noruega Bohuslahn y Drontheina y finalmente la isla de Bornholm. Aun mas importantes eran todavía las demás condiciones políticas á que se tuvo que someter la Dinamarca: primero

el tránsito libre por el Sund como era natural, y además por un artículo del tratado de paz cada una de ambas potencias se obligó a renunciar a toda alianza dirigida contra la otra, y por otro artículo a no permitir en adelante a ninguna escuadra enemiga la entrada en el Báltico.

No hay que decir la importancia que para el dominio sueco en el Báltico tuvo esta última condicion.

La Dinamarca estaba aniquilada; su ejército terrestre y su armada se habían mostrado incapaces para impedir la caída súbita de su poder. No se había presentado ninguno de los amigos y aliados de Dinamarca para decir alto al conquistador arrojado. El predominio sueco en las regiones bálticas quedó sellado, y la Suecia dueño de decidir en adelante qué buques extranjeros habían de quedar excluidos del Báltico. Con esta condicion, mientras subsistiera, quedaba sellada la esclavitud política y mercantil de la Alemania del Norte.

Mientras ocurrían estos sucesos extraordinarios en las islas danesas, los demás Estados interesados ya inmediatos, ya mas lejanos, conservaban la actitud de simples espectadores discutiendo vivamente lo ocurrido. El impetuoso conquistador sueco había arrollado a la Dinamarca, como antes a la Polonia, a la primera embestida, sin que se hubiera desenvainado una sola espada para auxiliar a la apuradísima monarquía danesa; la victoria acompañaba al irresistible guerrero, que siempre estaba buscando aliados y cuyas

victorias incesantes parecían demostrar que no los necesitaba.

Ciertamente habría sido más propio de la índole del elector de Brandeburgo proceder rápido y enérgicamente en lugar de negociar; pero no le fué posible. Reconciliado con la Polonia y rota en realidad su alianza con la Suecia, se propuso sacar las mayores ventajas de aquella situación, y recordó que hacía justamente diez años que se había visto precisado á dar á la Suecia en Osnabruck la mejor parte de la Pomerania con Stettin. De esta pérdida jamás se había podido consolar; para resarcirla le pareció oportuna la ocasión, y estaba dispuesta á romper definitivamente con Gustavo Adolfo, á atacarle en Pomerania y Holstein, y á sitiarse, si posible era, aquel mismo invierno la ciudad de Stettin (1).

Para esto necesitaba aliados capaces de auxiliarle, y trató de buscarlos.

Estaba seguro del auxilio del rey Juan Casimiro porque los polacos no podían desear cosa mejor que ver trasladada la guerra cuanto antes fuera de su país, á la Pomerania ó á Dinamarca; pero su auxilio militar no bastaba para emprender con él la guerra contra el rey de Suecia. Poco antes del trado de Wehlau había hecho el elector en Copenhague con el rey de Dinamarca un tratado de alianza contra la Suecia (2); pero este aliado necesitaba á su vez auxilio pronto y eficaz, auxilio que solo podía dárselo en unión con una de las grandes potencias europeas, y esta potencia no podía ser sino el Austria en vista de la situación general política.

A consecuencia de la reconciliación del elector con la Polonia á la sombra de la mediación austriaca, se había efectuado una aproximación política entre las cortes de Berlín y de Viena; y hecho el tratado de Wehlau, entabló el elector negociaciones para llegar á una alianza con el Austria, en cuyo proyecto entró Lisola con más celo del que su corte por lo pronto deseaba; pero Lisola no cesó de apoyar la idea de una campaña común contra la Suecia para la conquista de Pomerania é instó á su gobierno á estipular cuanto antes una alianza ofensiva con el Brandeburgo y abrir inmediatamente las hostilidades, porque decía: «No hemos hecho nada mientras no hayamos arrojado á los suecos de esa fatal madriguera de Pomerania (3).»

En Viena no se miró el asunto con tanto calor porque allí ocupaba sobre todo la atención el asunto de la elección del emperador, de la cual hablaremos luego, y por ningún precio se quería comprometer este asunto entrando en una guerra contra la Suecia. Hubo negociaciones diplomáticas muy largas, y mientras en el consejo del joven rey Leopoldo disputaban los partidos sobre la paz y la guerra, y mientras el Brandeburgo y la Polonia se negaban á empezar la lucha contra la Suecia sin la cooperación del Austria, alcanzaba Carlos Gustavo un triunfo tras otro en Dinamarca. Así pasó el tiempo más favorable para hacer en favor del rey de Dinamarca una diversion en Pomerania y en el Holstein. Las negociaciones siguieron en Berlín, siendo los plenipotenciarios austriacos Lisola y el feldmariscal Montecúculi. El elector, apoyado por los embajadores de Polonia y de Dinamarca, pidió para empezar la guerra un ejército auxiliar austriaco de 10,000 hombres y un tratado ofensivo y franco con el Austria contra la Suecia; pero hasta enero no se decidió el gabinete de Viena; solo cuando la elección de Leopoldo es-

(1) Véase en Pribram, pág. 332, el informe de Lisola del 9 de noviembre de 1657.

(2) Este tratado de alianza, firmado en 30 de octubre de 1657, se encuentra en Morner, pág. 228, pero el mes de julio anterior se había firmado ya un tratado de alianza entre la Polonia y la Dinamarca.

(3) Pribram, pág. 316, y en otros informes.

tuvo casi asegurada se firmó en 14 de febrero de 1658 la alianza ofensiva y defensiva austro-brandeburguesa contra la Suecia, añadiendo el embajador polaco inmediatamente la conformidad de su soberano (4).

La apertura de las hostilidades parecía estar inmediata; el elector tenía su ejército á punto de marcha é instaba á los generales de los dos ejércitos auxiliares, Montecúculi y Czarniecki, á unirse á él inmediatamente; pero por entonces no se desvainó la espada, pues llegó la triste noticia de que el rey de Dinamarca había firmado la vergonzosa paz de Rothschild. La impresión que causó este suceso fué extraordinaria y contundente. Cuando horas antes se había creído á Carlos Gustavo rodeado de mil dificultades, en la situación más comprometida y sin salida posible, se le vió súbitamente enseñando al público estupefacto las condiciones brillantes de la paz impuesta á su contrario. Sus enemigos, que estaban ya á punto de atacarle por el lado de Alemania, quedaron como paralizados, y los nuevos aliados creyeron útil pensar otra vez lo que iban á hacer en consideración al cambio de circunstancias, para lo cual el arte de los diplomáticos había procurado dejar á cada interesado una puerta abierta. Así fué que mientras el elector instaba con todas sus fuerzas por la ruptura con la Suecia, su aliado poco antes y siempre su adversario político natural, el consejero de confianza de Carlos Gustavo, conde de Schlippenbach, estaba en continua correspondencia negociando con los ministros del elector, al parecer de la manera más franca y confidencial, la paz general. Estos diplomáticos jugaban al escondite engañándose mutuamente y sabiendo cada uno que el otro le engañaba, y así seguían negociando para ganar tiempo y decidirse cuando les conviniese.

Estas negociaciones duraron muchos meses, hasta que la cuerda se rompió en agosto de 1658 al estallar la segunda guerra con Dinamarca, guerra que fué la señal del ataque común de los aliados austro-polaco-brandeburgueses contra la Suecia (5).

Mientras esto ocurría del lado del Báltico, se decidió en el imperio la cuestión de la elección del emperador, cuestión que durante más de un año había ocupado sin descanso á toda la diplomacia europea (6).

Con la muerte de Fernando IV, electo rey de romanos en 1653, muerte ocurrida en 9 de julio de 1654, se había añadido á todas las cuestiones enmarañadas de la política la del candidato á la corona imperial. Esta cuestión no urgía mientras viviese el emperador Fernando III, porque existía un hermano menor del príncipe difunto, el archiduque Leopoldo Ignacio, que había nacido en 9 de julio de 1640, bien que en el imperio existían pocas simpatías en su favor, y además se creía que su padre viviría hasta que este príncipe llegara á la mayor edad, creyéndose que entonces la corte de Viena con su política astuta conseguiría su elección como sucesor en la dignidad imperial. A pesar de esto se removió

(4) Véase Morner, pág. 229. Por consideraciones particulares fué fechado el documento algunos días atrás, á saber: el 9 de febrero, estilo nuevo, año 1658.

(5) *Documentos y actas*, tomo VIII, págs. 221 y 351.

(6) La historia de la elección del emperador Leopoldo I ha sido estudiada recientemente utilizando documentos de los archivos, no conocidos antes. Además de las obras generales citadas ya en diferentes notas, véanse las obras de W. Arndt: *Preliminares de la historia de la elección de Leopoldo I*; en varios artículos publicados en la memoria de Waitz; G. Heide: *La elección de Leopoldo I*, etc.; en las *Investigaciones para la historia de Alemania*, tomo XXV; Pribram: *La elección de Leopoldo en el archivo para la historia del Austria*, tomo LXXIII. Para los trabajos franceses recientes véase Pribram, pág. 104. Para las relaciones de Suecia en la cuestión de la elección, véase Save: *La elección del emperador en Francfort*, etc., Estokolmo, 1869.

la cuestión de sucesión, dando lugar á multitud de esfuerzos encontrados, de negociaciones é intrigas á favor y en contra de una multitud de candidatos presentados más bien para solaz de las imaginaciones que para ser apoyados en realidad. El único candidato probable era el citado archiduque, si bien al lado de éste se habló de otro Habsburgo, el archiduque Leopoldo Guillermo, hermano del emperador Fernando, y hasta del joven archiduque Fernando del Tirol. También hizo un gran papel la candidatura del príncipe elector Fernando María de Baviera, y alimentó durante algún tiempo esperanzas ambiciosas el conde palatino Felipe Guillermo de Neuburg. El cardenal Mazarino echó á volar la idea de que más que á ninguno correspondía á su joven soberano, Luis XIV, la corona del imperio de Occidente, y asimismo la política francesa pensó en el príncipe elector Juan Jorge de Sajonia, con la condición de que éste se hiciese católico (1). En ciertos círculos tuvieron partidarios los dos príncipes protestantes más poderosos en el Norte de Alemania, el rey Gustavo de Suecia y Federico Guillermo de Brandeburgo. A este último le había pronosticado su astrólogo de Konigsberg que algún día llegaría á ser emperador (2); y en el Palatinado rhiniano, como entre los campesinos, una pretendida profecía antigua vaticinaba que habría dos emperadores y uno de ellos se llamaría Carlos Luis, que era el elector reinante (3).

En el terreno práctico, sin embargo, solo había dos candidaturas que merecieran ser tomadas en consideración: la del archiduque austriaco Leopoldo y la del elector de Baviera. Todo lo demás eran artimañas para comprar y vender votos, en cuyo comercio se cruzaban intereses alemanes y extranjeros. Desde el primer día tuvieron en esta cuestión su política especial la Francia, la España y la Suecia; más el resultado fué el que habían ya previsto en 1654 los políticos de buen criterio (4).

Si se medita sobre todo el asunto de esta elección, desde el principio al fin, resulta que más bien que cuestión alemana fué cuestión europea, y que fué un episodio muy notable de la gran lucha entre la casa de Habsburgo y la corona de Francia.

La paz de Westfalia no había acabado con la larga guerra franco-española; ambas potencias continuaban disputándose el dominio en los Países-Bajos y en Italia. Las circunstancias habían producido una pacificación oficial entre la Francia y los Habsburgos de Alemania; pero en realidad era una paz aparente, porque el emperador Fernando, eludiendo los términos precisos del tratado de Munster, facilitó al gobierno español bajo mano importantes auxilios militares, á riesgo de enredar otra vez al imperio alemán en la guerra. El gabinete de Viena no se dió por entendido de las amenazas, quejas y avisos que se le hicieron, ni pensó en la necesidad de paz que tenía el imperio ni en el solemne tratado de paz de Westfalia, sino que solo miró los intereses generales de la casa de Habsburgo. Así la Francia y la casa de Austria de Alemania se encontraban en realidad en estado de guerra, si bien disimulada, y entre las cortes de Viena y de París no se habían restablecido todavía las relaciones diplomáticas de un modo regular (5).

(1) Auerbach: *La diplomatie française et la cour de Saxe* (1648 á 1680), París, 1888, págs. 72 y 86.

(2) *Documentos y actas*, tomo VI, pág. 90.

(3) Véase la correspondencia de la duquesa Sofía de Hanover con el elector Carlos Luis del Palatinado, publicada por Bodemann, Leipzig, 1885, pág. 5.

(4) Véase la carta de Cristóbal Forstner á Portner del 25 de octubre de 1654 y las consideraciones á la verdad equivocadas del veneciano Giustiniani en Fiedler, *Relaciones*, tomo I, pág. 398.

(5) A. Sorel: *Recueil des instructions*, tomo I, págs. 5 á 33.

En estas circunstancias no era sino muy natural que el cardenal Mazarino, conforme en esto también con las tradiciones de la política francesa, aprovechara la ocasión para vengarse de la hostilidad del emperador de Alemania, procurando que la dignidad imperial pasara á otra familia. Este efectivamente habría sido un golpe terrible para la casa de Habsburgo, cuya influencia é importancia en Alemania y en Europa se apoyaba principalmente en su posesión de la corona imperial.

Tan luego como hubo muerto el joven rey de romanos Fernando IV, empezó Mazarino, en otoño de 1654, su campaña diplomática, y en todas las cortes electorales los enviados franceses trabajaron activamente apoyando con energía la candidatura del joven elector Fernando María de Baviera, y no ocultando que la corona de Francia no podría consentir que una nueva elección de emperador de Alemania recayera otra vez en un príncipe austriaco. Desde un principio la política francesa había apoyado la traslación de la dignidad imperial á la casa de Baviera, y Mazarino sostuvo esta política mientras tuvo esperanza de atraer á su idea á la misma corte de Munich.

La idea de quitar la dignidad imperial á la casa de Austria gustó en muchas partes de Alemania, sobre todo desde el parlamento de Regensburg, que había creado muchas enemistades á la corte de Viena; y la diplomacia sueca trabajó enérgicamente en el mismo sentido. Esta idea predominó también en la corte de Berlín, cuando el conde de Waldeck influía en la política del elector de Brandeburgo y cuando éste trataba de establecer, como hemos expuesto á su tiempo, una inteligencia íntima con la corte de Francia. Habiéndose además firmado en febrero de 1656 una alianza defensiva por seis años entre la Francia y el Brandeburgo, Mazarino podía esperar que su proyecto de pasar la corona imperial á la casa de Baviera no encontraría oposición en Berlín, á lo menos en principio.

Entre los electores rhinianos era natural que el mismo proyecto fuese bien recibido, sobre todo en la corte del elector Carlos Luis del Palatinado, que entonces se iba acercando cada día más á la corte de Francia solicitando en su penuria subsidios franceses. En julio de 1656 firmó, en efecto, con aquel gobierno un tratado por el cual se obligó, á cambio de una suma considerable y de una renta anual también grande, «á favorecer con todas sus fuerzas las intenciones del rey en Alemania (6).» Posteriormente, en tiempo del interregno, firmó en 15 de agosto de 1657 un nuevo convenio secreto bajo condiciones todavía más provechosas para él, obligándose á no elegir á ningún Habsburgo y á dar su voto al candidato que recomendara la Francia (7). Este elector, sin embargo, era por su categoría el último entre los electores y ejerció muy poca influencia sobre sus colegas, por manera que su voto valía muy poco.

Más importancia tenían los votos de los electores eclesiásticos; pero ni Juan Felipe de Maguncia ni Carlos Gaspar de Tréveris quisieron contraer compromisos con la diplomacia francesa, porque desde un principio estos príncipes de la Iglesia consideraron como lo más probable la conservación de la dignidad imperial en la casa de Habsburgo, y esta conducta era también la más conforme con lo preceptuado por la ley del imperio y la que más de acuerdo estaba con sus propios intereses.

La conducta del príncipe elector Maximiliano Enrique de Colonia fué diferente, porque por motivos personales y polí-

(6) Dumont: *Corps. univ. diplom.*, tomo VI, pág. 148.

(7) Valtrey: *Hugues de Lionne*, pág. 91; Pribram: *La elección de Leopoldo*, tomo I, pág. 120.